

V SUE GRAFTON
de VENGANZA

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS
EDITORES

1

Antes

Las Vegas, agosto de 1986

Phillip Lanahan condujo hasta Las Vegas en su Porsche 911 Carrera Cabriolet de 1985, un vistoso cochecito rojo que sus padres le habían regalado hacía dos meses, tras licenciarse en Princeton. Su padrastro lo había comprado de segunda mano porque aborrecía el concepto de la depreciación. Era preferible que el primer propietario cargara con las pérdidas. El coche se encontraba en un estado impecable: tenía 24.000 kilómetros en el cuentakilómetros, el interior tapizado en cuero negro, todos los accesorios de serie y los cuatro neumáticos completamente nuevos. Podía acelerar de cero a cien en 5,4 segundos.

Con la capota bajada, Phillip condujo pegado a la costa y después siguió viajando hacia el este a través de Los Ángeles por la Autovía 10. Desde la 10 se metió en la 15, que lo llevó directamente hasta Las Vegas. El sol brillaba con fuerza y el viento le alborotaba el cabello, hasta convertirlo en una maraña negra. Había cumplido veintitrés años, se sabía guapo y se valía de su atractivo como quien se vale de una pata de conejo para que le dé suerte. Tenía el rostro delgado y bien afeitado, las cejas oscuras y rectas y las orejas pegadas al cráneo. Vestía vaqueros y un polo negro de manga corta. Una americana blanca de lino reposaba doblada a su lado, en el asiento del copiloto. En una bolsa de lona guardaba diez mil de los grandes en billetes de cien dólares, cortesía de un prestamista al que acababa de conocer.

Era su tercer viaje a Las Vegas en otras tantas semanas. La primera vez había jugado al póquer en el casino del Caesars Palace, un hotel que, si bien vulgar y recargado, contaba con todo lo que

cualquier jugador pudiera desear en un mismo complejo. Aquel viaje fue mágico: todo le salió bien. Le repartieron buenas cartas, mano tras mano. Supo leer las intenciones de sus contrincantes y captó pistas tan sutiles que llegó a creerse adivino. Había conducido hasta Las Vegas con tres mil dólares sacados de una cuenta de ahorros, y logró aumentar esa cantidad a ocho mil sin despeinarse.

El segundo viaje empezó bien, pero Phillip no tardó en acobardarse. Volvió a Caesars Palace pensando que podría fiarse de nuevo de su instinto, pero se equivocó al leer los gestos de los otros jugadores. Las cartas buenas no llegaban y no pudo recuperarse. Salió del casino dejando a deber cinco mil de los grandes, razón por la que fue a visitar al prestamista Lorenzo Dante, el cual (según Eric, un amigo de Phillip) se refería a sí mismo como «financiero». Phillip supuso que lo diría medio en broma.

La cita lo había puesto nervioso. Además de explicarle el sórdido pasado de Dante, Eric le aseguró que los exorbitantes intereses del préstamo eran normales en «el sector». Su padrastro le había inculcado la necesidad de negociar cualquier transacción económica, y Phillip sabía que debería abordar el asunto antes de llegar a un acuerdo con Dante. No les podía contar a sus padres en qué andaba metido, pero apreciaba el consejo de su padrastro. El marido de su madre no le gustaba demasiado, pero tenía que admitir que lo admiraba.

Phillip se encontró con Dante en el despacho que éste tenía en el centro de Santa Teresa. Eran unas oficinas impresionantes, con grandes ventanales de cristal y muebles de teca brillante, sillones tapizados en cuero y moqueta gris claro. La recepcionista lo recibió calurosamente y anunció su llegada por el interfono. Una morena muy sexy, enfundada en vaqueros ajustados y calzada con tacones de aguja, fue a buscarlo al vestíbulo. Pasaron frente a diez despachos interiores antes de llegar a una gran sala esquinera ubicada al final del pasillo. Todos los empleados que pudo ver eran jóvenes e iban vestidos con ropa informal. Phillip había supuesto que el prestamista contaría con un equipo de abogados tributarios, además de contables, genios de las finanzas, asistentes legales y auxi-

liares administrativos. Habían imputado a Dante por su pertenencia al crimen organizado, de modo que Phillip esperaba encontrar un ambiente tenso y siniestro. Se había puesto una americana cara como muestra de respeto, aunque nada más entrar en el edificio cayó en la cuenta de que proyectaba una imagen equivocada. Todo el mundo vestía prendas informales, elegantes pero sencillas. Se sintió como el niño que se pone el traje de su padre con la esperanza de que lo tomen por un adulto.

La morena lo hizo pasar al despacho. Dante se inclinó hacia delante desde detrás de su escritorio para estrecharle la mano, y a continuación le indicó que se sentara. Phillip se sorprendió al ver lo atractivo que era. Dante rondaría los cincuenta y era un tipo alto —de alrededor de metro noventa— y guapo: ojos marrones de mirada profunda, pelo rizado gris, hoyuelos en las mejillas y mentón partido. Parecía estar en forma. Para romper el hielo, hablaron de la reciente licenciatura de Phillip en Princeton, de su doble titulación (administración de empresas y económicas) y de sus perspectivas laborales. Dante lo escuchaba con aparente interés, y le hacía alguna que otra pregunta. A decir verdad, aún no se había materializado ningún empleo, pero cuanto menos hablaran de ese tema, mejor. El muchacho explicó sus opciones, sin mencionar que se había visto obligado a volver a casa de sus padres. Se moría de vergüenza sólo de pensarlo. Comenzó a relajarse, aunque le continuaban sudando las palmas de las manos.

—¿Eres el hijo de Tripp Lanahan? —preguntó Dante.

—¿Usted conoció a mi padre?

—No muy bien, pero me hizo un favor hace bastante tiempo...

—Estupendo, me alegra saberlo.

—... De no ser por eso, no estarías aquí sentado.

—Le agradezco su tiempo.

—Tu amigo Eric dice que se te da muy bien el póquer.

Phillip se revolvió intranquilo en la silla y adoptó un tono a medio camino entre la modestia y la ostentación.

—Jugué durante toda la carrera, desde el primer curso que pasé en Princeton.

Dante sonrió, y por un momento le aparecieron los hoyuelos en las mejillas.

—No hace falta que menciones Princeton otra vez, ya sé dónde has estudiado. ¿Eran apuestas altas, o les sacabas algo de calderilla a una pandilla de mastuerzos de alguna asociación estudiantil?

—De hecho, jugaba en Atlantic City, y la mayoría de fines de semana ganaba lo suficiente para cubrir mis gastos.

—¿No trabajabas para pagarte los estudios?

—No me hizo falta.

—Pues vaya suerte —replicó Dante—, aunque juraría que jugar al póquer no es el modo de vida que tu padre tenía pensado para ti.

—Bueno, la verdad es que no, señor Dante. Espero trabajar, por eso me saqué un título. Pero ahora mismo no estoy muy seguro de lo que quiero hacer.

—Aunque lo decidirás pronto.

—Eso espero. Es decir, ésa es mi intención, sin duda.

Phillip notó que, debajo de la americana, llevaba la camisa empapada y pegada a la espalda. Había algo en aquel hombre que infundía temor. Parecía tener dos personalidades: una benévola, la otra despiadada. Dante era afable en apariencia, pero en el fondo ocultaba un temperamento duro y taimado. Phillip estaba bastante nervioso y no sabía a cuál de los dos se enfrentaba en cada momento. La sonrisa de Dante sólo se desvaneció y su otro yo tomó el relevo. Puede que el prestamista se volviera peligroso cuando hablaba de negocios.

—¿Y para qué has venido a verme?

—Eric dice que a veces usted le adelanta dinero cuando tiene problemas de liquidez. Esperaba que hiciera lo mismo por mí.

El tono de Dante era agradable, pero su mirada no reflejaba la más mínima benevolencia.

—Es una actividad complementaria. Presto dinero a personas de las que los bancos no quieren saber nada, y a cambio les cobro intereses y gastos de administración. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—¿Diez mil?

Dante lo miró fijamente.

—Es mucho dinero para un chico de tu edad.

Phillip carraspeó.

—Bueno, diez mil..., ya sabe, diez mil me darían un respiro. Por lo menos, así es como lo veo yo.

—Doy por sentado que Eric te habrá explicado mis condiciones.

Phillip negó con la cabeza.

—No del todo. Pensé que sería mejor que me las explicara usted en persona.

—Cobro veinticinco dólares por cada cien a la semana, a pagar junto al capital cuando venza el pagaré.

Phillip tenía la boca seca.

—Parece bastante caro.

Dante abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó un montón de papeles.

—Si lo prefieres, puedes probar suerte en el Banco de América, a dos calles de State. Aquí mismo tengo los formularios.

Dante echó sobre el escritorio una solicitud de préstamo del Banco de América.

—No, no. Entiendo perfectamente su situación. Usted tiene gastos, como cualquier persona.

Dante no respondió.

Phillip se inclinó hacia delante e intentó mirarlo fijamente a los ojos, como si fueran dos hombres de mundo cerrando un trato.

—Me preguntaba si un veinticinco por ciento es lo mejor que puede ofrecerme.

—¿Lo mejor que puedo ofrecerte? ¿Pretendes regatear conmigo?

—No, no, señor Dante. En absoluto. No es lo que he querido decir. Pensé que podría haber cierto margen.

Phillip notó que le ardían las mejillas.

—¿Basado en qué? ¿Una asociación tan larga y productiva como la nuestra? ¿Tu destreza en la mesa de juego? Por lo que sé, la semana pasada perdiste cinco mil de los grandes en el Caesars.

Quieres mis diez mil para resarcirte de tus pérdidas y jugarte el resto. Piensas que me lo vas a devolver, incluyendo los intereses, y que te quedarás lo que sobre. ¿No es eso?

—La verdad es que así es como lo he hecho otras veces.

—La verdad es que puedes irte a la mierda. Lo único que me importa es recuperar mi dinero.

—Desde luego, no hay problema. Le doy mi palabra.

Dante lo miró a los ojos hasta obligarlo a apartar la mirada.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—¿Una semana?

Dante alargó el brazo y pasó una página en su calendario de mesa.

—El lunes once de agosto.

—Me parece estupendo.

Dante apuntó algo en el calendario.

Phillip titubeó un momento sin saber qué iba a suceder a continuación.

—¿Tengo que firmar algo?

—¿Firmar?

—¿Un pagaré o un contrato?

Dante descartó la sugerencia.

—No te preocupes por eso, es un acuerdo entre caballeros. Nos damos la mano y asunto zanjado. Pídele el dinero a Nico cuando salgas, él te lo dará.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Lo digo en serio.

—Puedes darle las gracias a tu viejo. Le devuelvo el favor que me hizo hace mucho tiempo —explicó Dante—. Hablando de favores, un amigo mío tiene un puesto directivo en Binion's. Si juegas allí, te conseguirá una habitación gratis. Le puedes decir que vas de mi parte.

—Eso haré, y muchísimas gracias.

Dante se levantó y Phillip hizo otro tanto. Mientras se daban la mano, Phillip suspiró aliviado. Había fantaseado que, si se po-

nía duro al negociar los intereses, a Dante le impresionarían sus dotes de negociador y le rebajaría dos puntos porcentuales. Ahora se sentía avergonzado de haber sacado el tema ante un hombre de la reputación de Dante. Tenía suerte de que no lo hubieran echado de allí a patadas. O algo peor.

En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció la morena de antes.

—Un consejo... —añadió Dante.

—¿Sí, señor Dante?

—No la pifies. Si intentas joderme, lo lamentarás.

—Lo he captado. Pienso cumplir, se lo garantizo.

—Eso es lo que quería oír.

Binion's había visto tiempos mejores, pero la habitación de Phillip estaba bastante bien. Al menos parecía limpia. El muchacho dejó en el suelo su bolsa de lona, se metió siete de los diez billetes de mil en el bolsillo y se dirigió a la planta baja, donde cambió el dinero por fichas. Dedicó varios minutos a recorrer la sala de póquer, tratando de captar el ambiente. No tenía demasiada prisa. Buscaba una mesa en la que se jugaran todas las manos, y en la que las apuestas fueran altas. Evitó una mesa en la que el jugador que tenía todas las fichas ante sí llevaba un Rolex. Mejor ni molestarse. Ese tipo sería o demasiado rico o demasiado bueno, y Phillip no quería enfrentarse a alguien así.

Se detuvo junto a una mesa llena de ancianos a los que habían traído en autocar desde una residencia. Todos llevaban la misma camiseta roja con la silueta de un sol poniente en blanco. Jugaban de forma pasiva, las apuestas se hacían al azar y a una anciana le costaba recordar cómo se clasificaban las manos. El tipo que se sentaba a su lado no dejaba de decirle: «Alice, por el amor de Dios. ¿Cuántas veces te lo tengo que explicar? El color vale más que la escalera, y el full vale más que el color». En una mesa como aquella, donde sólo se apostaban pequeños montones de fichas, le llevaría semanas salir a flote.

Tras dar varias vueltas por la sala, Phillip le pidió al encargado que apuntara su nombre en la lista del juego sin límite de apuestas de las mesas cuatro u ocho. Jugaban a la modalidad Texas Hold'em sin límites con una entrada de cinco de los grandes. Apuestas demasiado altas para su gusto, pero no se le ocurría otra forma de resarcirse de sus pérdidas y salir ganando. Prefería jugar en las mesas pares, ya que el cuatro era su número de la suerte. El primer asiento en quedar libre fue el número ocho de la mesa número ocho, lo que quiso considerar como un buen augurio, ya que ambos eran múltiplos de cuatro. Phillip colocó las fichas a su derecha y pidió un vodka con tónica. Ya había seis tipos jugando y él entró en la última posición, lo que le permitió hacerse una idea de cómo iban las apuestas. Dejó pasar un par de manos, dando muestras de disciplina al retirarse con una jota y una reina y a continuación con una pareja de cincos. Las parejas de poca monta repartidas en mano, que raras veces mejoran el *flop*, resultaban muy tentadoras para apostar y eran, por tanto, peligrosas.

Al jugar con dinero que no era suyo, Phillip se sintió forzado a obtener buenos resultados. Normalmente le gustaba sentir esa presión, porque lo obligaba a aguzar el ingenio. Ahora, sin embargo, desperdiciaba manos que en otras ocasiones habría jugado. Consiguió un pequeño bote con una doble pareja, y seis manos más tarde ganó mil quinientos dólares con una rueda. No había perdido ninguna cantidad realmente importante, cuatrocientos dólares como máximo, y notó que se calmaba a medida que el vodka iba circulando por sus venas. Aunque resultara poco productiva, la larga tanda de jugadas le dio la oportunidad de observar cómo actuaba el resto de jugadores.

El tipo gordo de la camisa azul demasiado estrecha fingía aburrirse cuando tenía una buena mano, insinuando así que iba a perder y que estaba impaciente por acabar la jugada. Había un hombre algo mayor de expresión avinagrada que vestía americana gris, y cuyos gestos eran siempre contenidos. Cuando comprobaba sus cartas, apenas levantaba las esquinas, les echaba un vistazo rápido y luego miraba en la dirección opuesta. Phillip decidió no

perderle ojo por si el hombre le proporcionaba alguna pista involuntaria. Había también un tipo con camisa de franela verde y complexión de leñador, que igualaba las apuestas cada vez que creía que iba por detrás en la mano, esperando tener suerte con las cartas de la mesa. A Phillip no le preocupaban los tres jugadores restantes, los cuales eran o demasiado tacaños o demasiado tímidos para constituir una amenaza.

Phillip jugó durante una hora y ganó cinco veces más, siempre botes pequeños. Aún no había pillado el ritmo, pero sabía que ser paciente tendría su recompensa. El hombre mayor dejó libre su asiento y lo ocupó una mujer, una rubia de tez pálida con una cicatriz en la barbilla que rondaría la cuarentena. O bien estaba borracha, o era una aficionada o la peor jugadora de póquer que había visto jamás. Phillip la miraba de reojo, sorprendido por su forma errática de jugar. No supo interpretar un farol de la mujer y ésta ganó un bote de ochocientos dólares que esperaba ganar él. A continuación la sobrestimó y se retiró cuando debería haber seguido jugando. Cayó en la cuenta de que la rubia podría pertenecer a una categoría totalmente distinta: la de profesional experimentada y magnífica actriz, mucho más dura de lo que aparentó ser al principio. Las señales eran contradictorias. Phillip tomó nota mentalmente de lo que había visto hasta entonces y se centró en sus cartas, dejando que la mujer pasara a un segundo plano. Comenzaba a invadirlo la sensación de tranquilidad que solía experimentar cuando las cartas le eran propicias. Era como estar en una cabina de sonido: captaba la conversación de los otros jugadores, pero a cierta distancia y sin que lo afectara.

Al cabo de dos horas ya había ganado dos de los grandes y empezaba a controlar la situación. Le repartieron el as de corazones y el 4 de tréboles. Normalmente habría desechado la mano de inmediato, pero tuvo un atisbo de intuición, la extraña sensación de que algo bueno iba a sucederle. La rubia, sentada en la primera posición, jugaba casi siempre a ciegas, sin dejar entrever sus planes. Si tenía una mala mano, siempre podría hacerse con el bote a base de apostar, pero a la larga perdería dinero. En esta ocasión, echó una

ojeada a sus dos primeras cartas y apostó una cantidad elevada antes de que repartieran el *flop*, dando a entender que tenía una pareja de ases, conocidos cariñosamente como «balas». Las posibilidades de que le hubieran repartido una pareja de ases eran, aproximadamente, de una en 220 manos.

El tipo gordo igualó la apuesta. El que llevaba la camisa de franela verde sopesó sus opciones mientras alineaba los montones de fichas que tenía delante. También la igualó, pero sin convicción. Phillip tuvo ganas de volver a mirar sus cartas, pero sabía exactamente cuáles eran. Puso a prueba su instinto y decidió igualar la apuesta durante una ronda y retirarse a la siguiente si no pasaba nada. El jugador sentado frente al botón y los dos que habían depositado la apuesta ciega pequeña y la apuesta ciega grande se retiraron sin presentar batalla.

El crupier descartó la carta superior y repartió el *flop*: el 3 de diamantes, el 5 de picas y el 2 de picas. A Phillip le dio un vuelco el corazón. De repente tenía ante sí una rueda: As-2-3-4-5. Observó las apuestas que se iban haciendo alrededor de la mesa y calculó qué jugadores podrían tener manos ganadoras. La mujer pasó la ronda, al igual que el tipo gordo y el de la camisa de franela verde. Phillip apostó y se hizo con el control de la mano. Las apuestas volvieron a dar la vuelta y todos vieron la suya. El crupier descartó una carta. El *turn*, o cuarta carta comunitaria, era el as de picas. La rubia apostó, lo que indicaba que tenía o bien tres cartas del mismo palo o una escalera. Una mano que Phillip podía ganar, por lo que modificó su evaluación inicial. Con un as en la mano, un as en la mesa y siete jugadores sentados al principio del reparto, lo más probable sería que la mujer no tuviera la otra pareja de ases. La miró de reojo, pero no fue capaz de adivinar sus intenciones. La mujer solía esbozar una sonrisa mientras jugaba, como si se riera de algún chiste privado. Phillip tenía una hermanastra que se le parecía mucho: enreída, competitiva, burlona. Para su irritación, nunca logró superarla. Dejó de pensar en ella y se concentró en el juego. El tipo gordo y el de la camisa de franela verde se retiraron, pero Phillip igualó la apuesta.

Libros de Sue Grafton en Tusquets Editores

ANDANZAS	FÁBULA
A de adulterio	A de adulterio
B de bestias	B de bestias
C de cadáver	C de cadáver
D de deuda	D de deuda
E de evidencia	E de evidencia
F de fugitivo	F de fugitivo
G de guardaespaldas	G de guardaespaldas
H de homicidio	H de homicidio
I de inocente	I de inocente
J de juicio	P de peligro
K de Kinsey	Q de quién
L de ley o fuera de ella	
M de maldad	
N de nudo	
O de odio	
P de peligro	
Q de quién	
R de rebelde	
S de silencio	
T de trampa	
U de ultimátum	
V de venganza	